

El Eco de Cartagena.

ANO XXX.—NUM. 8698

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Jueves 23 Octubre 1893.

NAVARRO

19, ISAAC PERAL, 19.



Gran surtido de relojes de bolsillo de oro, plata, níquel y acero. Variedad de los de mesa, pared y despertadores. Excelente taller de composuras.

Cadenas, colgantes y diges.

EXACTITUD Y ECONOMIA.

LOS NUEVOS BUQUES DE GUERRA.

El Telegrama de la Coruña publica un artículo sobre la proposición presentada por D. Augusto Vila, para la construcción de un nuevo crucero.

En dicho artículo se patentiza uno de los graves males con que tendrá que luchar el fomento de nuestra escuadra, si no se cambian los moldes que hoy se siguen para llevarlo a cabo.

He aquí algunos párrafos del citado artículo:

Hace unos días que llamamos la atención del ministro de Marina sobre la conveniencia de no hacer adjudicaciones ni anticipos á las casas constructoras, sin que se obtuviese de ellas sólidas garantías, pues sabido es que cualquiera puede ser constructor de buques, si para ello el Estado anticipa los medios y le adjudica una construcción, tras de cuyo procedimiento se traduce algo que la maledicencia traduce en negociaciones faltas de moralidad.

Hoy llamamos la atención, no sólo de ministro de Marina sino del Consejo Supremo y Consejo de ministros, para evitar que los efectos de una cábala fraguada entre compadres, comprometa los fondos del Estado y ponga de manifiesto una inmoralidad más.

La Gaceta, al hacer la convocatoria, señaló en forma terminante las tres sociedades, á las que se concedían títulos para presentar sus proposiciones. De estas tres sociedades una renunció tácitamente su derecho, y las otras dos han comparecido con sujeción á las condiciones que se exigieron; no es posible que la proposición de D. A. Vila, pueda ser considerada admisible. No puede serlo, porque no fue él el llamado, sino los Sres. Vila y Compañía, cuya sociedad existe en el Ferrol, según aparece de la Guía Oficial, del gran rótulo en que se lee Astilleros de A. Vila y Compañía, y de los membretes que usan en sus cartas y volantes; y al abandonar esta sociedad el concurso, no puede ser sustituida por un Sr. D. Augusto Vila, que no es el dueño de aquel astillero, que no lleva la representación de aquella razón social convocada por la Gaceta.

Trabajar cerca del ministro en favor de la proposición Vila, los señores indicados y otros, que prometen será admitida mediante ciertas influencias que no debieran ejercerse en asunto que interesa á la marina de guerra y al contribuyente.

No es prudente hacer hoy otras curiosas revelaciones, pero son conocidos los traba-

jos que se practican en esta materia, á los cuales hay que suponer sea extraño algún señor ingeniero de la armada, por más que en ellos desplieguen grandes actividades los Sres. Yañez, ingeniero de la Coruña, y D. A. Vila, que ha firmado la proposición intrusa, base de la especulación que se desea llevar á cabo por medios no ajustados á los antecedentes legales y á la equidad.

Respecto del buque gaditano, elevado á crucero de 9.000 toneladas se dice que será adjudicado á la casa Vea Murguía, sin género alguno de duda merced á los elementos de capital y de favor oficial que ha conseguido atraerse el jefe de la empresa, el cual se halla en Madrid, provisto de su proposición.

Ha llegado, pues, el momento en que el contribuyente y la opinión pública deben fijar la atención en el asunto, para que las cosas se hagan lo menos mal posible; para que no se lesionen intereses generales, locales y particulares á la sombra del favor y, en fin, para que, ya que se hacen barcos de discutible aplicación y utilidad militar, y se pagan por ellos cinco millones más que podrían costar en Inglaterra y acaso en Bilbao, se tenga siquiera la seguridad de adjudicarlos á quien cuente con elementos para concluirlos.

Quiéhubes.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

BOTARATE

Charada

Un todo en segunda tres tiene un primera tercera, que á gritos llama á tres dos y esto á tres dos lo exaspera.

Tomás.

La solución en el número próximo.

LOS SERIOS

De haberme concedido Dios mucho talento, crean ustedes que me hubiera dedicado á los serios, no para contraer matrimonio con uno de ellos, *¡vade retro!*, sino para inspirarme en sus actitudes, sus hechos, sus silencios... etc., y componer comedias, sainetes, epigramas, sátiras y novelas á cual más notables sobre todo eso.

Y si la suerte hubiérase dignado hacerme muy rico, aseguro que en mi casa tendrían los serios un día fijo para reunirse; les ofrecería *soirées*, banquetes y bailes donde solo ellos dominaran. Esto me serviría de gran diversión.

¡Qué gusto reunirlos á todos, oírles hablar, comunicarse!

¡Qué satisfacción verlos comer con seriedad, y qué gozo mirarlos bailotear!

Dicho se está que me refiero á los de ambos sexos.

Ramón Correa, con su habitual gracejo y cuando aun no se habían generalizado tanto los tranvías, decía siempre que deseaba ser hombre adinerado para, en un día lluvioso, alquilar todos los coches de punto que hay en Madrid; subir en uno, claro está, y que los demás le siguieran vacíos, sin que nadie pudiera tomarlos...

Y se me ocurre: ¡qué cara pondrían los serios! Cuidado con ellos, recibiendo sendo chaparrón sin tener donde guarecerse!

Entre todos los caprichos habidos y por haber opto por el ya indicado de poder decirles:

«Mañana doy tal ó cual fiesta en honor á ustedes.»

Y si se tratara de una recepción de confianza, tener la seguridad de que se tomarían muchas confianzas; si fuese un banquete, comerían como lobos, y beberían, aunque sin perder la seriedad, con demasiada alegría; y si un baile, entonces no habría peonza que diera más vueltas que ellos, á lo grave, por su puesto, pero quizá poniendo en grave aprieto á la que fuera su pareja.

Y ya que no imagino todas esas obras y que tampoco puedo dar esas fiestas, me conformaré con escribir y dedicarles este artículo por más que no deba llamarlo así, sino de otro modo... que luego al concluir diré:

Me conformaré, pues, con repetir diálogos tomados al vuelo.

Las señoras y señoritas primero. Pasen ustedes.

—¿Qué serías iban! ¿A dónde se dirigen?

—A un *restaurant*, á cenar con unos amigos, que llaman *hermanos*, por aquello de que todos somos hijos de Adán y Eva...

—¡Bien las habrán criticado!

—¿Quién no lo crea usted; son muy serias, y dice la gente que con esas caras tan graves pueden ir á todas partes.

—¿A dónde va usted?

—A comer con Pepita Nina en su casa.

—¿Con una señorita?

—Sí; es *puerilana*, desea divertirse, tiene dinero, el mundo se le importa un bledo, recibe sola... y nos reunimos allí varios amigos.

—Encuentro que hace mal, y no faltará quién la tildé de ligera, por lo menos.

—Al contrario; como es tan seria, nadie duda de su formalidad.

—¡Aunque ella se ría del mundo y haga lo que mejor le plazca!

—Hace mal nuestro amigo Juan en dejar siempre sola á su mujer, que es joven y no fea.

—Y él sabe lo que se hace: ella es muy seria, y él no ignora que con esa fisonomía no hay quién se desmante.

—¡Si, hasta que llegue uno que la haga sonreír, y acaben ambos por reírse del marido!

—¡Las serias, las serias! no fiarse de ellas. Sé de una, y como ésta hay muchas, que insultó á uno, porque éste, en uso de su perfecto derecho, la dirigió chicleos en la calle; y no obstante, esa misma mujer, cuando aquel mismo individuo en un baile, al llegar el coqueteo á su período álgido y ser la confusión más grande, y mayor, por tanto, la posibilidad de huir á las miradas indiscretas, le pidió una cita, ella se la concedió; pero, eso sí, con mucha seriedad. Créame usted, tienen muchos puntos de contacto con las beatas.

—¡Pobres, pobres de las que rien: las espera igual suerte que á las que huyen de alardear místicos sentimientos por falsos que sean!

—¿Qué sería, qué recta, qué buena es la de Arras!

—¡Tan seria, que jamás sonríe á los de su familia; tan recta, que nunca se inclina á socorrerlos, y tan buena, que nadie le parece bueno! Pero el mundo no le culpa, sino que, por el contrario, cuando se habla de que no trata á su padre y tiene abandonada á su hermana, dicen, dándole la razón: «¡Por algo serio será!»

Harta estoy de oír á los padres cuidadosos

de la dicha de su hija: «Cásate con él, es un hombre serio.»

Cansada me hallo de que cuando pregunto —¿Qué tal casó Fulana?— me contestan: Perfectamente; con un hombre muy serio.

Y como los serios siempre me han dado que pensar, y como huyo de ponderaciones por aquello de que la exageración y la nada se dan la mano, me dediqué, con la posible detención, á observar á los serios; y salvo raras cuanto honrosas excepciones, los que he visto son... dignos de las que van bosquejadas en los anteriores diálogos. Prueba al canto:

—¿En qué se ocupa ese hombre?

—En poner la cara seria.

—¿Y eso basta?

—Sabiéndolo hacer, perseverando en ello, basta y sobra. Una cara seria es un pasaporte, una ganza. Hélo ahí de paseante en corte, porque su tío, desheredando, en cuanto la fue posible, á los demás sobrinos, lo dejó rico, en premio á su seriedad... Y él ahora se dedica á la usura, pero nadie se lo critica; dicen que antes de prestar pide consejo á no sé qué respetable persona, y que luego hace el préstamo á no sé tampoco qué respetable interés. «Se trata de cosa muy seria», dice él, muy seriamente.

—¿Cómo es que Ramírez tiene coche ahora?

—Porque antes tuvo credencial para Ultramar, y ahora ha vuelto más serio y más rico que se fue, gracias á la... prevaricación, mas como él es tan grave, nadie se atreve á decirle.

—Observe V. qué paquete y qué circunspecto va Fulgencio Delarte, llevando del brazo á su suegro.

—¿Y de quién es marido?

—De la hija mayor del Conde de Rozapas; éste no tenía más ambición que la de hallar un hombre serio para su hija viuda; y aunque la tal viudita pecó y peca de alegre, el marido nada ve desde la inconmensurable altura de su olímpica seriedad, que es la propia del burro: habla poco y con gran aparato, nunca contesta directamente á las preguntas que se le hacen, y todas las cuestiones las diluye en una composición de infinitos rodeos.

Disfruta de varios destinos, en calidad de yerno serio; pero los destinos no disfrutan de su actividad ni de su inteligencia. Oye á todos en silencio y á todos juzga mal, no olvida ni perdona... sino lo que le conviene; de todo ríe en su fuero interno, rabia por los que no rabian, trina contra los alegres, sufre por los que gozan, y aunque es callado, no quiere que nadie calle, porque le divierte burlarse para sus adentros de lo que dicen los demás.

Todo lo guarda, lo embotella todo, y hasta dice que todo lo observa, si no fuera porque no observó como casó y como vive su mujer con él... Y aunque no debiera figurar entre maridos dignos... figura por su figura...

Y, en fin, para concluir, no con los serios (que son eternos) sino con estos diálogos; vaya éste que sostenían los hermanos; y qué escu-ché por una casualidad que no es del caso de repetir ahora:

—Buena, hombre, accedo; pero tú tienes que dar los pasos necesarios; ya sabes que soy muy serio y no debo hacer ciertas cosas. Aunque menor que tú, parezco tu padre; habla con el suyo en mi nombre, di que á todo me conformo, que por todo paso y que me casaré, dando al olvido lo que no debiera